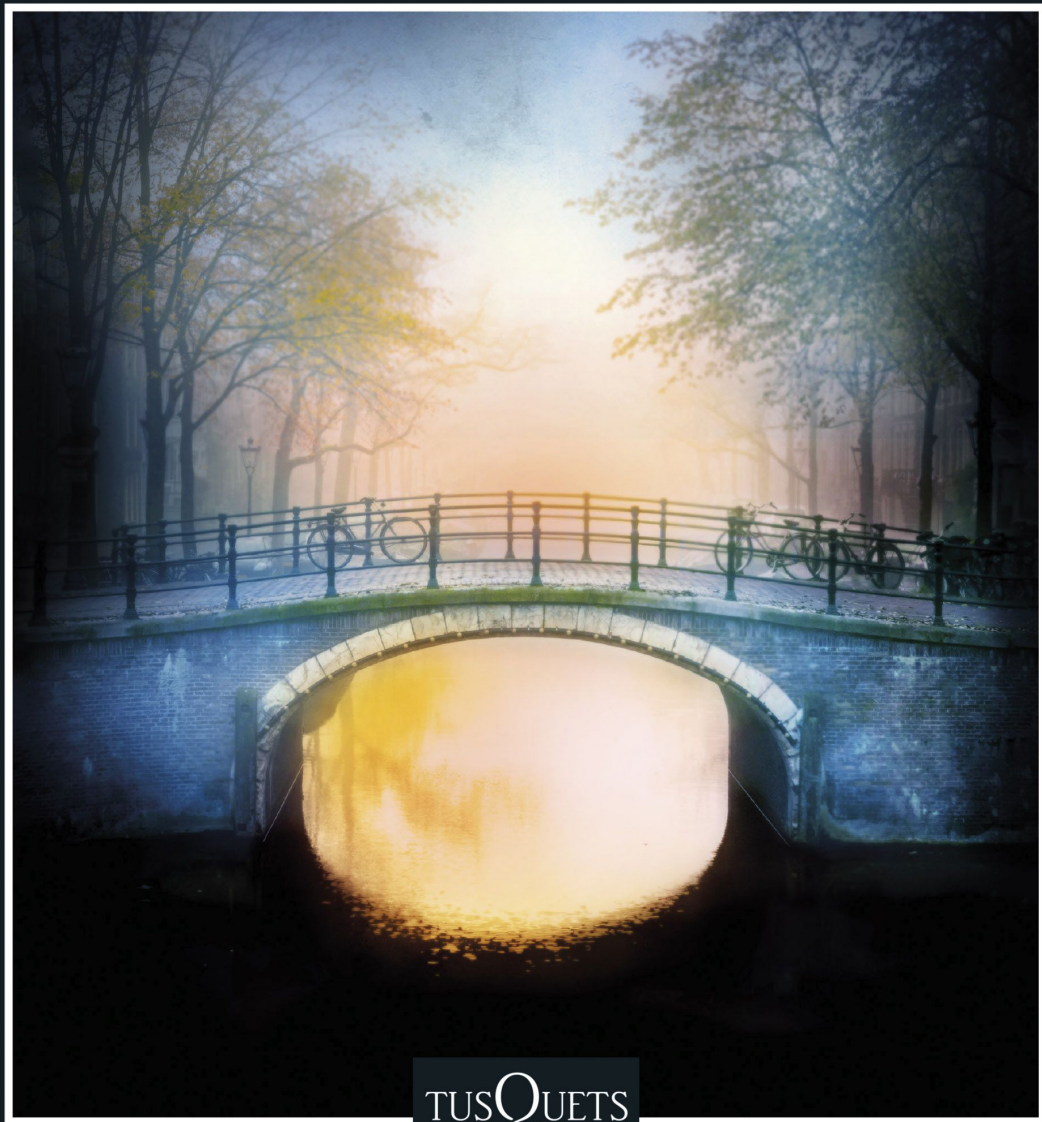


John Connolly

TUMBAS SIN NOMBRE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JOHN CONNOLLY
TUMBAS SIN NOMBRE

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Nota del autor.	11
Primera parte.	13
Segunda parte.	171
Tercera parte.	255
Cuarta parte.	341
<i>Agradecimientos.</i>	433

Las dos figuras eran, a esas alturas, un panorama familiar, aunque solo para unos pocos elegidos, porque incluso quienes, como ellos, protegen su intimidad de forma tan meticulosa, acaban inevitablemente siendo conocidos por algunos de sus vecinos. Durante un tiempo, no se los había visto juntos fuera, y solo al negro, que la mayoría creía que era el más joven, se le había avistado por la calle y las manzanas de los alrededores. Se rumoreaba que el otro, el mayor (por poco) y menos elegante (por mucho), estaba enfermo o, tal vez, recuperándose de una enfermedad. Aunque cuando se le preguntaba, por muy discretamente que fuera, a la señora Evelyn Bondarchuk, la mujer que ocupaba el apartamento de la primera planta en su edificio, ella siempre contestaba con un silencio pétreo, acompañado de los ladridos críticos de sus diversos pomeranios.

Según se contaba en el barrio, la señora Bondarchuk en persona era la dueña del edificio, aunque ella se esmeraba en ocultar sus intereses mediante el uso de empresas pantalla, una serie de abogados tan reservados como ella misma, y una cantidad dickensiana de papeleo; no obstante, no parecía que a nadie le inquietara demasiado esta estafa menor, que hacía mucho había pasado de sospecha a certeza. Después de todo, estaban en Nueva York, y más concretamente en Manhattan, donde diversos niveles de excentricidad, reinención personal e incluso prácticas delictivas sin más eran, si no algo que se diera por sentado, sí al menos algo cotidiano.

Pero en realidad la señora Bondarchuk no era más que una inquilina, pese a que hacía las veces de perro guardián, pues el

sillón que tenía junto al ventanal de su piso ofrecía una visión despejada de la calle en ambas direcciones. (Podría decirse que el ladrido de la señora Bondarchuk era seguramente peor que un mordisco de sus pomeranios, aunque a saber qué resultaría más dañino, y ninguno de sus vecinos tenía prisa por poner la hipótesis a prueba. Los pomeranios eran unas bestezuelas muy rápidas cuando les daba por ahí, pero la señora Bondarchuk poseía una solidez incuestionable, y una dentadura completa.)

Hacia unos años, se había producido cierto desagradable incidente en el edificio, en el que participó un hombre con un arma, pero tanto al instrumento como al hombre se los despachó. Desde entonces, la señora Bondarchuk había asumido con mayor dedicación si cabe su papel como primera línea de defensa. Ahora comprendía que se trataba de algo más que de una concesión de sus caseros, una tarea sin sentido ofrecida por pena a una anciana, o un esfuerzo bienintencionado para dar a sus años crepusculares un sentido. No, la señora Bondarchuk era esencial para ellos, y ella los amaba por hacerla sentirse como tal. Incluso había inquirido sobre la posibilidad de que le dieran un arma, aunque esa sugerencia fue educadamente rechazada. Pero eso no hirió los sentimientos de la señora Bondarchuk. Lo había preguntado más por saber qué le dirían que por un deseo real. No quería poseer ningún arma. Cuando era joven, su padre todavía conservaba un revólver Nagant M1895 de siete disparos de su periodo de servicio en el ejército soviético. Lo había mantenido limpio, bien engrasado y oculto bajo una tabla del suelo del dormitorio. La señora Bondarchuk lo había utilizado solo en una ocasión, cuando un vagabundo irrumpió en su casa e intentó violar a su madre. La señora Bondarchuk —o Irina Tijonov, como se la conocía previamente, antes de los cambios en su nombre como consecuencia de la emigración, la anglicanización y el matrimonio— le disparó en el pecho, y más tarde ayudó a su padre y a su madre a enterrar los restos en el bosque. Tenía doce años.

Entonces, como ahora, no la turbó lo que había hecho. El vagabundo era un mal bicho, y si ella no hubiera reaccionado como lo hizo, él sin duda habría hecho daño o asesinado a su

madre, y posiblemente también a la propia Irina, antes de seguir cometiendo más actos degenerados. Y sí, el Sexto Mandamiento afirmaba «No matarás», pero la señora Bondarchuk siempre había creído que Moisés, al volver del monte Sinaí, se había olvidado de traer una última Tabla, la que contenía la versión definitiva, posiblemente porque ya iba con los brazos demasiado cargados.

La señora Bondarchuk nunca había compartido con ninguna otra alma, aparte de la familia más cercana, los detalles del asesinato: ni siquiera con su difunto marido, al que había amado de verdad, y tampoco con los dos hombres que poseían el edificio en el que vivía, aunque estaba convencida de que ellos, al menos, la habrían entendido. No ganaría nada, creía, sacando el tema. El vagabundo, al fin y al cabo, estaba muerto, y era improbable que una confesión alterara ese hecho. La señora Bondarchuk también tenía una conciencia clara de la cuestión, y aunque tal vez, durante los años posteriores, se hubiera planteado esporádicamente la posibilidad de disparar a alguien más —ciertos políticos, por ejemplo, o algunas dependientas especialmente condescendientes—, había sido capaz de resistirse a la tentación, gracias en buena medida a carecer del arma apropiada. De manera que, considerándolo todo, que sus caseros no hubieran querido proporcionarle un arma probablemente había sido lo mejor. Disparar a alguien *in extremis* podría ser perdonable, pero uno no debía acostumbrarse, pese a las provocaciones.

Y aquí venían ahora el señor Louis y el señor Angel, esos dos hombres a los que ella adoraba como a hijos descarriados: el primero, alto y negro; el segundo, bajo y, bueno, tirando a blanco. Su señor Angel había estado enfermo últimamente y lo había pasado muy mal; esto último lo había intuido la señora Bondarchuk por su cara y sus ojos. Sin embargo, se estaba recuperando, aunque ahora se moviera más despacio que antes. También su amigo lo miraba de una manera distinta, como si la enfermedad le hubiera recordado que, en un abrir y cerrar de

ojos, uno de ellos podía verse inevitablemente separado del otro, y que más valía pasar en paz los días que les quedarán.

Pero al menos no estaban solos. Tenían amigos. Estaba el detective privado, el señor Parker, que le traía dulces de Maine; y los hermanos Fulci, Tony y Paulie, que eran muy amables pese a ser tremendamente corpulentos, y a los que ella no podía ni imaginar matando a una mosca: a otras personas, era posible, tal vez incluso probable, pero no a una mosca.

Y además tenían, a su vez, a la señora Bondarchuk, que rezaba por el señor Angel y el señor Louis todas las noches. Rezaba para que tuvieran una buena muerte, una señalada por el rito y un entierro como era debido, y por tanto con la salvación de su alma; y no una mala muerte, un entierro en una fosa sin una bendición ni un hito, al modo de un violador errante. La muerte era el sendero ineludible. Uno pensaba en más allá de las montañas, pero la muerte siempre estaba detrás de su hombro. La muerte era una vieja que dormía en el infierno y recibía instrucciones de Dios. Era inevitable, pero no implacable. Se podía hablar con ella, y también negociar. Divertirla, interesarla, y ella podía pasar de largo.

El señor Angel y el señor Louis, creía la señora Bondarchuk, divertían mucho a la Muerte.

Angel saludó a la señora Bondarchuk con un gesto de la mano cuando se acercaban a las escaleras que llevaban a la puerta de su edificio.

—¿Crees que la señora Bondarchuk ha matado a alguien alguna vez? —preguntó.

—Estoy convencido —dijo Louis.

—¿Sin la menor duda?

—Ni la más remota.

—Creía que solo lo pensaba yo.

—No, seguro que ha matado a alguien. Diría que de un tiro. ¿Te acuerdas de la vez que sugirió que le diésemos un arma?

—Sí —dijo Angel—. Se mostró bastante prosaica al respecto.

—Tal vez deberíamos dejarle tener una.

—Siempre podemos regalársela en Navidad, si es que todavía le ilusiona.

—Es cristiana ortodoxa. Tendríamos que esperar a enero.

—Por otro lado —dijo Angel—, tal vez sería mejor seguir con los dulces y una tarjeta regalo de Macy's.

—Aun así, deberíamos tenerlo en cuenta por si se aburre de los dulces.

Angel se detuvo para mirar a un cuervo que se posaba en un árbol cercano.

—Eso trae mala suerte, ¿no? —dijo—, como en la canción.

—No creo que tenga nada que ver con nosotros —dijo Louis.

—No —dijo Angel—, supongo que no.

La señora Bondarchuk también se había fijado en el cuervo. Se santiguó antes de rezar una breve oración de protección. Ella estaba permanentemente atenta a los augurios —la aparición de búhos, cuervos y cornejas, los nacimientos de gemelos y trillizos— y anotaba sus sueños, levantándose en plena noche para añadir detalles de estos en el pequeño cuaderno que tenía junto a su cama, recelando siempre de las visiones de pan y abejas, de dientes cayéndose de las encías, de procesiones religiosas. Ella todavía temía regalar un reloj, comer de un cuchillo o celebrar un cuadragésimo aniversario. Se sentaba antes de salir, aunque solo fuera a la tienda, para confundir a cualesquiera espíritus perversos que se cernieran a su alrededor, y nunca sacaba la basura después de la puesta de sol. En la pared, junto a la puerta de entrada de su apartamento, colgaba una cruz de álamo temblón, la madera maldita, que poseía el poder de un talismán contra el mal, del mismo modo que la eficacia de una vacuna depende de la parte que contiene de la enfermedad a la que ataca.

Pero, quizás con más fe que en todo eso, la señora Bondarchuk creía que la muerte, más que señalar el final, representaba tan solo una alteración, aunque fuera fundamental, en la naturaleza de la existencia. Los muertos y los vivos coexistían, cada mundo alimentaba al otro, y el próximo reino era un espejo de

este. Los muertos se mantenían en contacto con los vivos, y hablaban con ellos a través de sueños y presagios.

Uno tenía que aprender a escuchar.

Y uno tenía que estar preparado.

Angel buscó a tientas sus llaves. A Louis se le veía distraído, incluso cansado.

—Pareces cansado —dijo Angel.

—Y tú me lo dices.

—Yo tengo una excusa. El cáncer desgasta a cualquiera.

—Anoche no dormí muy bien —dijo Louis—. Es lo que pasa a medida que envejeces.

—¿Estás seguro de que solo es eso?

—Sí —mintió Louis.

Había vuelto a soñar el mismo sueño. En los últimos meses lo había estado visitando con más frecuencia. En el sueño, estaba a la orilla de un lago y observaba a los difuntos sumergirse en sus aguas, avanzando cada vez más lejos, más profundo hasta que se perdían en el ancho mar. A su lado había una niña pequeña: Jennifer, la hija muerta del detective Charlie Parker, a la que Louis había visto enterrar. Ella le cogía la mano. Su tacto era cálido en comparación con la frialdad de su propia piel. En vida, él solo la había conocido a cierta distancia. Ahora, la muerte los había convertido en íntimos.

¿por qué estamos aquí?

La voz de Louis ya no se parecía a la que era. La oía como un susurro desvaído. Solo la niña hablaba sin ninguna distorsión, porque esos eran sus dominios.

—Estamos esperando —dijo ella.

¿a qué?

—A que se nos unan los demás.

¿y entonces?

Ella se rio.

—Izaremos banderas negras en el firmamento.

Y entonces él se despertó con el recuerdo del tacto de la mano de ella.

Nada de eso quiso contárselo a Angel. Tenían pocos secretos entre ellos, pero los que tenían, los guardaban bien. Si Louis le hubiera hablado de su sueño a la señora Bondarchuk, ella le habría avisado para que se anduviera con mucho cuidado, y le habría regalado una cruz de álamo temblón. Pero él no tenía la menor intención de tratar de su sueño recurrente con ella, igual que había optado por no mencionárselo a Angel.

Lo cual no fue una decisión acertada, porque Angel había tenido un sueño muy similar.